

Cirugía en Turkana amadrina desde 2006 a Lola, la niña de la derecha, y corre con sus gastos de comida, ropa y escolarización. En la foto, Lola y otro niño entre las doctoras Carmen Hernández (dcha.) y Gloria Rodríguez (izq.).



*Misión médica en África*

## Radiografía de una realidad

La cirujana Carmen Hernández va cada año a operar a Lodwar (Kenia) durante dos semanas. Este es su honesto diario, el testimonio personal de uno de estos viajes a un lugar donde ser niño es una dura quimera.

Fotos Gisela Fernández-Pretel Jiménez para Cirugía en Turkana

**Habitación** para pacientes en el hospital de Lodwar.



Enfermero del hospital de Lodwar (Kenia).



**e**n una avioneta y rodeada por mis compañeros de aventuras, floto sobre nubes preguntándome qué hago aquí. No es fácil enfrentarte a tus sueños, llevo tanto miedo en la maleta... A lo desconocido, al fracaso, a no encontrar lo deseado, a los mosquitos, a la gente de este lugar... Sobrevolamos el continente africano. Tardaremos dos horas en llegar a Lodwar (Kenia). Al rato vemos las primeras *manyattas*, aldeas de cabañas redondas con techo de paja y pared de barro. Tras un primer intento fallido de aterrizaje para no arrollar a unos niños que corretean por la pista, tocamos tierra. Mucha gente rodea la avioneta. Si la primera impresión es la que cuenta, la mía es maravillosa. Nos llevan a la que será nuestra casa durante las próximas dos semanas, la Diócesis de Lodwar, una construcción de cemento sencilla, rodeada por una cerca. El interior es también austero y está impoluto, se nota la mano de *sister* Ivonne, que se encarga de la casa y los huéspedes con esmero. Mi habitación está pintada de verde y tiene dos camas, cada una con un mosquitero que cuelga del techo, donde también hay un ventilador. Las mujeres están atareadas, y rodeadas de niños, en la cocina. Tras las presentaciones, una ducha. Rociada con repelente, me siento a comer: ensalada de maíz y zanahoria hervida, soja con curry y pescado frito. De postre, macedonia.

**Hoy la siesta es inexcusable.** Me tumbo en la cama y ardo. El ventilador apenas se nota. Cuando me levanto, la casa está en silencio, los demás duermen. Unos niños juegan al otro lado de la valla. Están descalzos. Entiendo que no van al cole. Supongo que la única manera de asumir algunas de las cosas que vives aquí es no verlas desde nuestra perspectiva. No se puede comparar. Me lo repetiré cada día para no sufrir. Me gustaría llegar a conocer algo de este sitio. Empiezo por interrogar a *sister* Ivonne, que acaba de levantarse. Es australiana y lleva siete años aquí. Me explica que los niños tienen vacaciones. Aun así, la mayoría deja pronto los estudios. Me recomienda que mire siempre en mis zapatos para evitar sustos con los escorpiones, pero me consuela contándome que su gato *suele* comerse los bichos que pululan por la casa. Poco a poco aparecen mis compañeros: Elena, Gloria, Carmen, David y Jose, nuestro anestesista. Ya estamos listos.



**Desierto de Turkana.** Acacias, piedras y polvo a 45°. «Aun así, es precioso», asegura Carmen Hernández.

El hospital de Lodwar, donde vamos a trabajar, es público y mis colegas que repiten viaje me cuentan que no siempre es fácil que encajen los *doctorcitos* recién aterrizados del *mundo guay* y los doctores locales con sus peculiaridades. Nuestro objetivo es operar y atender al mayor número de pacientes y, si no es posible, aliviarles con los escasos medios de los que disponemos.

**Por fin llegamos al hospital.** He visto cuadras más limpias y dignas. Hay varios edificios pequeños, de una planta, con un quirófano, un almacén y dos pequeñas habitaciones para cambiarse (con pijamas raídas llenos de manchas), donde se apilan cajas de material caducado. Las cucarachas corren por el *quirófano*. El *material estéril* se guarda sin envoltorio en contenedores y se esteriliza según se usa. Nos espera el jefe de cirugía (y único cirujano). A juzgar por los numerosos *tomates* de sus calcetines no parece que su sueldo sea espléndido. Nos reunimos →

Merecido descanso tras 12 horas de operaciones y curas.



con la plantilla del hospital y se ponen sobre la mesa los puntos que hay que discutir, y que se resumen en uno: dinero. El jefe de cirugía quiere que los pacientes paguen por ser operados. Aunque traemos todo el material, se generan gastos de agua, luz y comida de las personas ingresadas. Pero no deja de ser chocante pensar que alguien que no tiene nada pueda costearse una operación (poseen ganado y pueden venderlo, nos dicen). Se pacta que seremos nosotros quienes pagaremos 1.000 chelines kenianos (10 euros) por las cirugías mayores y 250 (2,5 euros) por las locales. Ordenamos el material que hemos traído y comenzamos a ver pacientes. Un desfile de hombres y mujeres turkana, delgados, con su peculiar indumentaria, la manta de cuadros de colores y los collares de cuentas que rodean el cuello de las mujeres. Me llama la atención que están cubiertos de polvo, pero limpios. No deja de tener mérito considerando la escasez de agua. Es una lástima necesitar un traductor. El nuestro se llama Steven y es turkana. Vemos patologías muy diversas. Una chica de unos 17 años con una gran tumoración en el cuello. Hernias y cirugías menores. Otros tienen VIH, tuberculosis, sífilis... Solo podemos ofrecerles analgesia. Los pacientes ingresados están en *habitaciones* de dos a seis personas, en camastros de hierro oxidado con colchonetas de plástico. El calor es sofocante y hay moscas, mosquitos, arañas, chinches... Las cabras también pululan por allí. Nadie limpia a los enfermos. Una vez al día les dan de comer *pourrage*, pasta de maíz con agua. De vuelta a casa paramos en el Naipa, un bar-supermercado, a tomar un refresco caliente. Mañana nos espera el primer día de quirófano.

La doctora **Marta Fernández-Nespral** en el pabellón infantil del hospital.



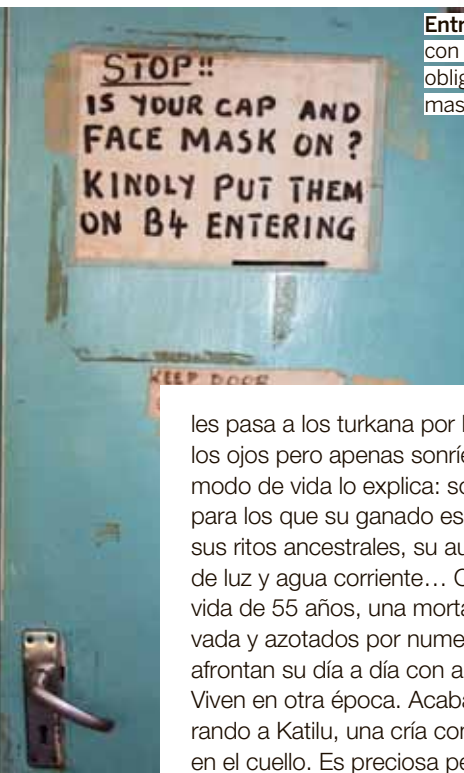
La doctora **Carmen Hernández y Joaquín Vázquez**, director de **Aproache Yachting**, principales *sponsors*, junto a sus clientes, de **Cirugía en Turkana**.



**Comienza la campaña.** Es maravilloso empezar a operar: mordeduras de cocodrilo, hernias, una herida en el muslo por metralla... Con nuestra mejor voluntad y conocimientos tratamos de suplir la deficiencia de material, la poca luz de la lámpara de quirófano, los insectos... No llego a saber qué

**La colada del quirófano:** gorros, pijamas, mascarillas...

«Con la mejor voluntad y conocimientos tratamos de suplir las deficiencias, la falta de luz, los insectos...»



**Entrada a quirófano**  
con advertencia de uso  
obligatorio de gorro y  
mascarilla.



**Carmen y Gloria**  
pasan lista de  
los operados  
con *sister* Mary.  
Abajo, niñas en el  
hospital.

les pasa a los turkana por la cabeza, miran fijo a los ojos pero apenas sonrían. Supongo que su modo de vida lo explica: son nómadas, pastores para los que su ganado es parte de su familia, con sus ritos ancestrales, su ausencia de calendarios, de luz y agua corriente... Con una esperanza de vida de 55 años, una mortalidad infantil muy elevada y azotados por numerosas enfermedades, afrontan su día a día con alegría y son muy duros. Viven en otra época. Acabamos la jornada operando a Katilu, una cría con una gran quemadura en el cuello. Es preciosa pero se cubre avergonzada con una mantita negra mugrienta. Causa pavor ver su cuerpo cubierto de heridas, probablemente sarna. Queda estupefacta.

Tras la cena, me explican cómo comenzaron las campañas en el Distrito Turkana, una de las más de 60 tribus que hay en Kenia, un área aislada donde el agua escasea. La Iglesia católica lleva a cabo un gran número de proyectos en la zona. Y la ONG española Nuevos Caminos consigue fondos. En 2004, a través de unas oftalmólogas que habían venido, Pablo, un sacerdote médico español, les pidió ayuda; hacían falta cirujanos para el hospital de Lodwar. Les propongo intentar conseguir financiación para acondicionar al menos el quirófano. Hay tanto por hacer....

**Al día siguiente, a primera hora,** visitamos a los pacientes operados ayer. Nos avisan de que hay un bebé de cinco días con una infección abdominal. Se llama Ekiru. Su madre me lo entrega para llevarlo al quirófano y nunca olvidaré su mirada, me daba algo muy preciado y confiaba en mí. Jose se hace con la situación, la cirugía va bien. Cuando acabamos se lo devuelvo a su madre. No sonrío, ni habla. Le pregunto a Steven por qué no expresa nada. Me dice que tienen miedo, nadie hace nada por ellos y no están acostumbrados. Me cuenta que adoran a sus hijos y que confían en nosotros, por eso vienen.

Acabamos el día operando a una niña de siete años que hace varios meses se fracturó el peroné. El hueso asoma a través de la piel de su pequeño tobillo. Un chupa-chups alivia su llanto y la consuela. Benditas *chuches*. Jose le pone ketamina, la anestesia del tercer mundo, y ella se

queda tranquila, aferrada a su paquete de galletas mientras le quitamos el trozo de hueso. También queda perfecto.

Esa noche duermo mal, se me pasan las horas reviviendo las imágenes del día. A la mañana siguiente nos cuentan que hay un brote de cólera. Han cerrado *hoteles* y *restaurantes* (lo entrecerramos porque nadie los definiría como tales). Ekiru, nuestro bebé, al que llamamos Pepillo, está bien, pero muy sucio. Decido bañarle. Lo dejo hecho un dandi, listo para volver con su mamá.

#### **Pasa la vida. Operaciones, curas, pacientes...**

De noche, en la cama, doy gracias por no tener que morir a los 45 ni ver a mis hijos fallecer de una infección. Cada día se nota más cansancio. Pero, como dice Elena, «no podemos cambiar África. No podemos cambiar *nada-de-nada*. Solo ayudar a los 200 pacientes de esta campaña». En quirófano nos esperan cada día a 33° implacables, a pesar del *aire acondicionado*. El cólera sigue progresando. Pepillo, que se había ido de alta (a instancias de la enfermera), vuelve a ingresar. Le operamos y encontramos una hernia inguinal. Le explico a su madre que es grave. Mientras, llegan heridos de bala por un conflicto entre dos tribus. Y heridos de un accidente de autobús. Pero todo puede empeorar, y así ocurre. Nos avisan de que Ekiru ha muerto. Busco a su madre pero se ha ido. De regreso a quirófano, me cruzo con la madre de Katilu, la niña del cuello quemado. Me sonrío, es lo mejor que me ha pasado hoy. La cría come feliz a su lado. Recuerdo nuevamente las palabras de Elena: «No podemos cambiar nada». Trago saliva para intentar deshacer el nudo que me atenaza la garganta.

**Llega el momento de volver** a casa. Monto en la avioneta que me llevará a Nairobi. Un niño de unos siete años me observa desde la pista. Está descalzo y cubierto de mugre. Aunque solo nos separan unos metros siento como si no fuéramos del mismo planeta. Regreso a un lugar con muchas cosas malas y otras buenas pero donde –la mayoría– de los niños son eso, niños. Y vuelvo con la inmensa tristeza de saber que aquí, en este recóndito lugar del mundo, no hay infancia. ■



Las cirujanas Elena Mendía y Nuria Losa crean **Cirugía en Turkana** en 2003. Gracias al apoyo del Hospital Clínico San Carlos y el Hospital Ramón y Cajal, ambos de Madrid, han operado a más de 2.500 personas. La historia completa de la doctora Carmen Hernández, en [cirugiaenturkana.com](http://cirugiaenturkana.com)